

SE DURMIÓ

Ayer, siempre ayer,
parece como si fuera hoy sin ser,
como si así hubiera sido siempre
esta agonía
que aprieta en la garganta y me hace suyo.
Ayer, claro que sí, ¿por qué no? Como
decía, ayer se durmió,
¿de quién si no iba
a ser este endemoniado deseo
tuyo que me surca inaccesible? Sí,
ayer se durmieron entre mis labios
los besos que no te atrevías a dar,
se durmieron casi sin darnos cuenta,
se apagaron como una flor marchita.
Por eso odio tu eterna incapacidad
para besar mis labios doloridos
como un amante que remonta a duras
penas las dunas de tu cuerpo fiel
a sí mismo. Esa lenta
convicción que asciende por tu boca y tu piel
sabiendo que no eres verdad. ¡Demonios!
¡Qué complicada es la llama del amor
que te aturde y marea
como una prostituta deseosa
de terminar su trabajo de pronto
para besar sin límite la suave
brisa de tu aliento cuando la noche
esquiva el día
para no perdernos nunca en el borde
de un beso con sabor
a deseo que no se puede surcar.



¡QUÉ SILENCIO TAN SEPULCRAL!

¡Qué silencio tan sepulcral me viene!
Me regresa ahora su extraña sonrisa
de lujuria adormecida. Tal vez
morir sea esto,
dirigir tu rostro hacia el lado de las tinieblas
cuando miras en el espejo de tu soberbia
porque es una sonrisa
de acuerdos preestablecidos antaño
cuando la vida en nuestro reino es algo
inesperado
si de lo que se trata
es de acercarme hasta sus labios ya
para siempre sin respuesta, era, sí,
muy linda, excesivamente sabihonda
también, una dudosa criatura
que dejo atrás de mí
de tan frágil que es quererla. Recuerdo
su misterio de reina sin su trono,
su andamiaje intelectual, hecho
de indecisión cuando me besaba muy
cercana y temía que sólo yo
la quisiera porque entre su verdad
y mi deseo nunca puso el beso.
¡Qué silencio tan sepulcral ahora!
Me vuelve su sonrisa de lujuria
barata, su llorar cansino, un largo
aplauzo hecho a sí misma
y quizá olvidé amarla
confiado del miedo que dejé
detrás de mi deseo.
¡Qué silencio tan sepulcral! Me viene
ahora a la mente
su arrebatado humor
cuando ofrecía sus labios donde
quería negármelos.
Sí, era muy linda, pero su presteza
en el amor la hacía distinta, muy
distinta para el amante ocasional,
por esto intento poner en su boca
el beso que no pude darle, un beso
que lejos me huye
donde ya no estoy yo para esperarla
en lenta procesión hasta sus labios.
Me muero de impotencia cuando pienso
en sus modales bastante vacíos,
cuando delimito entre mis pupilas.
ávidas de inequívocas carencias,
su andar vacilante, incluso algo necio,

el puro placer de fingir amor
en su obstinada negación de mí.
Niego el afán de ir hacia ella, el deseo
inútil de estar a su lado. Vivo
cuando me duele mientras tanto espero
otra vida en que ya no me dolía.
¡Qué silencio tan sepulcral me viene!
Difumino en silencio
su picoteo indolente aquí y allí,
incapaz por un momento de atrapar
el instante donde el olvido queda
a merced del pasado.
Sí, era muy linda,
pero incapaz de encontrar el abrazo
que humanizara el odio,
lo que impedía apreciar el olor
de sus muslos cuando los acaricié
en la oscuridad
de la alcoba para nacer en ella
aquella tarde infausta en que negó
tenerme entre sus brazos
convertida entonces en pura brasa
mientras trataba
de vedarme el descenso hasta su sexo,
anegado mi pecho de lo que ya
debiera morir, la fatiga de haber
corrido para nada
sobre la casi inefable prohibición
de su cuerpo, al que busco desde entonces.

SOMBRAS DEL PASADO

Las sombras del ayer
más insondable se debaten presas
en torno al ardor
de tus besos y desde que te llaman
por tu nombre ya nunca eres extraña.
En tu nombre rompo alianzas entre
los dos y cuando te nombro, no sabes
lo cerca que estamos de un inevitable
amor que se termina.
El ayer te martirizó porque no quisiste
librarte de sus garras
nerviosas para buscar un mañana
que te ofreciera el aliento fugaz
que necesitases en cada beso.
Morías en silencio
en este amor tuyo, un amor antiguo
que con esmero he debido cuidar
en su misterio encubridor y pocas
veces tan lejos de la verdadera
realidad de las cosas
que se paladean casi lo justo
para no aborrecerlas.
Esa antigua nostalgia
de poder conocer por fin la pasión
si la lluvia pertinaz del pasado
acaricia nuestra piel.
Deseo perderme en el mar discreto
de tu mirada,
en lugares donde dejar caer
las mentiras sin miedo,
donde se perdió el olvido entre abrazos.



DUERMO EN EL DESPRECIO

Es el desprecio
que reposa en los besos
que duermen en tu boca.
Es tu deseo un diario disparo
al centro de mi viudo corazón.
Es el odio a quien
esperas, detenido en las pupilas
de quien mira la fruta
madura del dolor con cierto estupor
ahora cuando nombro la penumbra
como quien al hacer recuento ofrece
lo mejor de su repertorio y lo hace
con entrega, desnudando su cuerpo
con parsimonia
aunque presienta
que en la entrega no consuma su amor.